

Jaime Siles, *Galería de rara antigüedad*, Madrid, Visor, 2018, 47 págs.

Esta reseña está sujeta a una [licencia “Creative Commons Reconocimiento-No Comercial” \(CC-BY-NC\)](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/4.0/).

DOI: <https://doi.org/10.24197/cel.10.2019.I-IV>

Jaime Siles (Valencia, 1951) es uno de los más destacados poetas del panorama español de la segunda mitad del siglo XX. Aunque no apareciera en la muy mencionada antología de los *novísimos* de Castellet, ha sido (como otros nombres que tampoco estuvieron en su nómina) uno de los convencidos protagonistas de la necesaria renovación novísima. El cosmopolitismo junto con el humanismo que desprendía esta generación, en el caso de Siles resulta incluso profesionalmente evidente, dado que es también un destacado profesor de Filología Clásica, licenciado y doctorado en la Universidad de Salamanca, con ampliación de estudios en las universidades de Tubinga y Colonia (Alemania). En la actualidad es catedrático de Filología Latina y Director del Departamento de Filología Clásica de la Universidad de Valencia.

Su producción poética es amplia y ha merecido numerosos premios. Jamás se ha arredrado ante la propuesta nueva, ante el avance indagatorio en nuevas poéticas, y su poesía tiene una amplia variedad de registros, uno de los cuales, a partir de cierto momento de madurez (madurez vital quiero decir) es la reflexión con tono elegíaco que aparece destacadamente en *Pasos en la nieve* (2004), uno de los momentos más altos de su creación. Si recuerdo este libro es porque *Galería de rara antigüedad*, último por el momento, me lo recuerda mucho, en la gran armonía de madurez expresiva y reflexión. Como dice en una noticia de su página web, de 22 de noviembre de 2018, Luis Antonio de Villena, este libro elegíaco, cultista e intimista, Jaime Siles se lo debía a sí mismo, poetizando, al llegar al filo de la culminación del tiempo profesional, el mundo de su dedicación y de su vocación como filólogo clásico.

Galería de rara antigüedad añade un premio más a la larga nómina a la que ya nos hemos referido, el XXVIII Premio de Poesía Jaime Gil de Biedma. Es un libro breve, pero intenso. Todo él dedicado a su pasión por la lectura e interpretación de los textos clásicos, desde el primero de los poemas, “La cuestión homérica: a vueltas con *La Ilíada*” (tiene el poeta dieciséis años y lee en griego a Homero, ignorando entonces que lo acompañaría durante toda su vida), hasta el poema que cierra el libro, “Examen”, donde el poeta ya mayor

(suele hablar en varios poemas de 65 años) observa a sus estudiantes centrarse en el análisis y la interpretación de aquellos mismos textos que él quiso desentrañar de joven y que lo han ocupado durante toda su vida.

Pero que no se confunda el lector de esta reseña que todavía no se haya acercado al libro, porque no estamos ante un anecdótico de profesor de latín en sus últimos años de carrera profesoral y académica. Este libro consigue mostrar la relación estrecha entre literatura y vida, siempre dando preeminencia a los textos, de los que nosotros somos espejo, nosotros los humanos, “que somos un texto no menos difícil” (página 45).

El propio libro con sus repeticiones dentro de la estructura poemática crea un ambiente meditativo, reflexivo y con la vocación de ofrecernos un aprendizaje de la experiencia humana, esa experiencia evocada por el poeta en sus constantes referencias a los clásicos, y puestas en relación con la suya de hombre actual, de poeta de ahora: última pausa (por el momento) –en testimonio poético– del “carácter y condición del Ser” (pág. 45). La repetición tiene relación directa con la mnemotecnica. La interrelación entre estructura estética y memoria queda de manifiesto en la gnómica, en la fabulística medieval y en tantas manifestaciones estéticas donde la enseñanza muestra también su carta de naturaleza. Y este libro es un libro de aprendizaje, de culminación del aprendizaje del vivir, con la constatación de la experiencia de aquellos otros hombres que vivieron en la áurea Antigüedad. Con aprendizaje a través de la ejemplificación del pasado. No todos los nombres propios que aparecen en él han existido, algunos son ficticios, pero imaginarlos le permite al poeta darles realidad no solo a ellos sino también a lo que en sí mismos ejemplifican.

La repetición se instala como elemento rítmico básico de gran parte de los poemas del libro. Sin duda, como decía Fontanier en *Les figures du discours*, la repetición puede darse por ornamentación o para conseguir una expresión más fuerte y enérgica. Este último es el caso. Podemos, por ejemplo, fijarnos en la anáfora (repetición inicial intermitente) del poema “Phoinikastas”, el escriba que testimonia por escrito lo que otro recuerda, pero que no quiere para sí otra cosa que el ejercicio de la escritura, jamás el de la memoria. Este deseo se hace vehemente en la repetición anafórica: “¡Ojalá nunca llegue el día en que tenga / que hacer yo ambas cosas [...]” / ¡Ojalá / nunca llegue ese día [...]! / ¡Ojalá yo no tenga que depender de mi memoria! / ¡Ojalá que los dioses borren las pocas imágenes / que de las cosas tengo!” (Págs. 21-22). Esta repetición intermitente, a distancia, tiene en este poema una razón de ser elocutivo-retórica: conseguir trasladarnos, a través de la

insistencia expresiva recurrente, la obsesión del escriba: no tener que depender de la memoria jamás.

Es un clavo ejemplificador la repetición del nombre “Antístenes el cínico” en el poema de su nombre (págs. 30-32). También es así en “Epiménides de Creta” (págs. 33-34). En este libro, es muy amplio el número de recursos y variantes de la repetición paralelística de unidades sintáctico-semánticas o versales. Junto con la anáfora, ya destacada, hay abundantes figuras por orden, entre las que se encuentra el isocolon relajado a distancia, como sucede en el poema titulado “Cínidas el locrio”: “Cínidas el locrio / quiso saber [...] / [...] / Así pudo saber Cínidas el locrio / [...] / No quieras conocer / la doctrina de Cínidas el locrio” (pág. 35). Los diferentes tratadistas antiguos podrían denominar a esta figura de diferentes maneras, según seamos más o menos estrictos en la igualdad del número de palabras y en el orden o alteración de las mismas, pero no estamos aquí en un tratado de retórica.

Principalmente, y por encima de todos los demás, quiero destacar el procedimiento del *ejemplo* como clave del más acendrado clasicismo a la hora de la factura de este libro de poemas, tan de ahora y tan de siempre. Digamos una vez más que en él encontramos, en meditación poética, la enseñanza sobre la vida. Sobre la cortedad de nuestro tiempo, frente a la permanencia del verso (“Nada muere en el verso: el ritmo del hexámetro / con su ámbar protege el tiempo que no acaba / nunca de suceder, pero el nuestro termina.” (Págs. 12-13). Y para mostrarnos esta verdad profunda, este sentir profundo del ser humano, recurre Siles a múltiples ejemplos, a una galería de raros ejemplos antiguos (en parte exhumación, en parte invención).

La dicotomía que resume la idea en la que estamos es la clásica dicotomía horaciana *docere / delectare*. Poesía de la meditación, poesía de la reflexión, poesía de la experiencia madura. Poesía de aprendizaje. Y uno de los excelentes, permanentes modos de aprendizaje ha sido y sigue siendo el ejemplo. El *ejemplo* es una de las pruebas lógicas del discurso, según la tradición retórica. Se da en el relato (con origen en la *narratio* del discurso persuasivo), y se da modernamente en la poesía que nos ha enseñado a amar Cavafis. En las *Vidas paralelas* de Plutarco, los contenidos morales expuestos suelen ir ilustrados por acontecimientos históricos relacionados con las vidas de los distintos personajes. Primero se enuncia el principio moral, la regla, y luego se ilustra. Plutarco considera los ejemplos que ofrece como pruebas de sus argumentos. El ejemplo puede preceder o suceder al principio que ilustra. Pensemos en los ensayos de Montaigne. Esa es la progenie de muchos de los poemas de este libro de Siles, donde el recuerdo de una recóndita anécdota de un personaje (real o apócrifo) de la Antigüedad clásica (galería de rara

antigüedad) sirve para hacer una profunda meditación sobre los anhelos, los miedos o los límites del permanente vivir humano. Así, en “Meránides el frigio”: “Meránides el frigio / miraba el brillo de los caballos tracios” (el ejemplo), y la reflexión: “La vida está hecha de instantes / como el de Meránides el frigio” (pág. 23). O en “Antístenes el cínico”: “Antístenes el cínico / quiso darle a la muerte todo cuanto la vida” (ejemplo). Reflexión: “Todos, de un modo u otro, somos / igual que Antístenes el cínico” (págs. 30-31).

Atraviesa todo el libro –una vez más en Siles– la preocupación por el lenguaje: “Hay que reconocer / que sin lenguaje, nada podemos definir.” (Pág. 38). Un Siles que, en *Canon* (1973), *Alegoría* (1977) y *Música de agua* (1983), iba hacia una poética del silencio que pretendía anular el yo, ausentarlo del poema, para que la poesía se afirmara en sí misma como lenguaje; y que posteriormente intensifica la fonación y manifiesta su fe en el lenguaje poético en *Columnae* (1987), o la búsqueda de referentes en *Semáforos, semáforos...* (1990); desemboca en el sentido profundo del decir el ser que somos, como sentido último de toda escritura poética, en libros como el referido *Pasos en la nieve* (2004). Así es también en esta *Galería de rara antigüedad*.

Estamos sin duda ante una de las culminaciones de la mejor poesía de Jaime Siles, en un libro de total madurez, donde los recursos clásicos del decir poético y retórico en general se revalidan y actualizan en esta meditación personal participada a todos sus lectores, en esta conciencia de quien mira desde “el arrabal de senectud” el retorno permanente que es condición del Ser, y “el carácter inagotable de lo clásico”. Nosotros somos solo una lectura del texto que “nunca muere ni acaba”, que, con cada nueva vida “está empezando siempre”. Solo somos momentánea interpretación (encarnación) del Ser; vida y muerte son un mismo texto que siendo eterno se agota en cada lectura. Así el gran filólogo que es Jaime Siles hace de su trabajo también una metáfora de la vida.

DAVID PUJANTE
Universidad de Valladolid (España)
David@fyl.uva.es